

IDENTIDAD NACIONAL Y CARÁCTER CÍVICO POLÍTICO EN EL MÉXICO DE LA TRANSICIÓN POLÍTICA

*Héctor M. Cappello**

INTRODUCCIÓN. PERSPECTIVAS TEÓRICAS Y DIFICULTADES CONCEPTUALES

No cabe duda que uno de los problemas conceptuales más arduos para trabajar en las ciencias sociales es el que corresponde a la “identidad nacional”. Acusa esta dificultad debido a que en la ingeniería conceptual sobre la que discurren todas y cada una de las ciencias sociales, se deduce tanto una estructura subyacente, una arquitectura de espacios muy crudamente delineados como un patrón difuso de procesos multidimensionales inferidos. En la literatura especializada se asume a la identidad nacional como algo dado o ya comprendido y, en la mayoría de las ocasiones, se recurre a la ejemplificación tomando como representación de este término una construcción simbólica o empírica, sin preocuparse si tal representación es válida, confiable y representativa. Es decir, se obvia la definición y a partir de allí se va a la comparación supuesta para definir características: a) de comportamientos personales o colectivos, b) de formas de pensamiento peculiares

* Psicólogo social del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM.

o conspicuos y c) de tendencias universales o endógenas en las formas de vida que asumen ciertos colectivos humanos.

Muchas veces los distintos especialistas pasan del concepto de identidad nacional al concepto de carácter nacional como si fueran idénticos o si trataran de algo extremadamente semejante, lo cual trae como consecuencia una verdadera confusión en las implicaciones que se derivan. Sin embargo, la antropología cultural clásica, derivada de las necesidades del *foreign office* inglés por entender las peculiaridades de los colectivos coloniales para introducir cambios o controles con la menor dificultad y oposición de los mismos, construyó una serie de enunciados etnocéntricos para explicar culturas ajenas a la occidentalidad.

De igual manera, la psicología clínica basada en supuestos psicoanalíticos (Freud, Jung, Adler, Fromm), o la psicología de James (estados de la conciencia), Thorndike (procesos de aprendizaje) y Angel (organicismo funcionalista), estos investigadores norteamericanos, construyeron tipologías descriptivas sobre naciones distintas a la americana para derivar estrategias de influencia social que pudiesen ser aplicadas a poblaciones en Guerra, liberadas o invadidas, o a inmigrantes de etnias diferentes a las europeas y americana anglosajona y con ello establecer un mejor control social.

Estas aproximaciones, o teorías, tuvieron una extraordinaria difusión y aceptación en el ámbito intelectual y científico mundial, considerándoseles como autoridades sobre las psicologías de los nacionales. El problema epistémico que se originó de manera muy significativa, fue el aceptar que a partir de ciertos criterios universales, cuyo modelo de comparación se daba por supuesto, ser el “occidental europeo-norteamericano”, se establecía una norma de diferenciación con lo no “occidental no europeo-norteamericano. Por supuesto que esta estrategia siempre terminó en el establecimiento de una tabla de valores, en la

cual se crean identificaciones, a partir de que tanto se diferencia el evaluado del evaluador. De esa manera los colectivos más diferentes al evaluador fueron considerados de forma semejante a la Europa de la Ilustración como: “el buen salvaje” (Rousseau), o, en la época española de la colonia poseedores de alma (Bartolomé de las Casas), y ya en estos tiempos modernos como personas colectivizantes *versus* personas individualizadas (Hofstede, 1980; Triandis, C. H. *et al*, 1988).

Las descripciones literarias de los *ethos* de Benedict, influyeron por más de tres décadas los trabajos de antropólogos y de psicólogos clínicos. Gorer (1950) y M. Mead (1951), continuaron con procedimientos y conceptos semejantes a Benedict (1934), aunque explicitaron más la correspondencia de sus teorías con el psicoanálisis (carácter) y con patrones de personalidad sin que se relacionaran muy estrictamente con teorías psicológicas específicas. Más adelante se acuñó el concepto de *personalidad modal* (Linton, 1950), buscando que la media de los resultados en las escalas evaluativas expresaran la *personalidad modal* de grupos nacionales o étnicos.

En América Latina, en muchos de los trabajos de intelectuales del siglo XIX y principios del XX, se nota la influencia de los pioneros en la investigación antropológica europea y americana, sobre todo en las ideas que apuntaron para explicar por qué Latinoamérica, a pesar de haberse independizado y de ser en lo natural territorios muy ricos, continuaba sin desarrollarse y exhibía carencias insultantes ya en pleno siglo XX. Así, Ramos, en 1927, manifestaba los desafíos a que se enfrenta la nación mexicana al arribar a un mundo “donde prácticamente ya todo estaba repartido”. La nación estaba teñida de un profundo complejo de inferioridad desarrollado en su experiencia de ser un producto del coloniaje y de una historia llena de continuos fracasos.

Carlos O. Bunge (1918), abuelo del filósofo Octavio Bunge, Arguedas (1909, reed. 1973) y García Calderón (1912) emplearon las teorías de Spencer (1876) y de LeBon (1896) para plantear que en virtud del determinismo racial, la baja calidad de las razas indias, y la pequeña cantidad de sangre blanca, disponible durante la constitución de nuestras poblaciones iniciales, contribuyeron a la creación de un cierto mestizaje de “carácter inestable”, a la que se le atribuyó la responsabilidad del desorden en el que se sumergieron las naciones latinoamericanas. Nim Frías (1907) aun siendo partícipe del grupo “Arielista” al analizar la situación de las naciones latinoamericanas considera que deben su fatal estado de atraso sociocultural y económico a su estirpe racial. Señalaba que sólo Uruguay y Argentina tenían el mayor valor en tanto que no poseían demasiados componentes indígenas en su estructura étnica. Rodó, por su parte, oponiéndose al cientificismo positivista predominante del siglo XIX, consideró que Latinoamérica era heredera de lo mejor de la tradición humanista y del genio latino; y, en oposición al materialismo sajón, Latinoamérica cifraría su destino en el impulso al espiritualismo, la creatividad, el arte y la libertad como fundamento del rescate de la latinidad.

En México, en la rebelión contra del positivismo se expresaron ideas más revolucionarias. Las filosofías de Schopenhauer, Nietzsche, Stirner, Boutroux y Bergson sirvieron como el ariete teórico contra el fatalismo materialista. Plantearon que era la libertad del hombre el problema fundamental, particularmente frente a un mundo ávido de concepciones mecanicistas, en donde no se ofrecía nada, particularmente “nuevo”.

Vasconcelos, Caso y Henríquez Hureña, tomando las concepciones del vitalismo bergsoniano, indicaron que “la vida es una reacción”, “impulso que tiende a liberarse del control de las leyes materiales” (1950, 1914, 1960). Explicitaron una autono-

mía frente al mundo mecanicista de la materia. Como expresé en otro trabajo, el amor, el desinterés, la voluntad y la intuición son las constantes, en estos autores, que dan significado trascendente al comportamiento humano. Con ellos se inicia la historia del redescubrimiento de América. Su idea de la “restauración de los valores nativos” da origen a un fuerte movimiento indigenista y nacionalista (Vasconcelos, 1950; Tamayo, 1922; González Prada, 1946; y Díaz de Medina, 1954).

Por su parte, Reyes (1955) mantiene una actitud intelectual ecuánime frente al desbordante “jingoismo” cultural del indigenismo y del racismo. Contempla la idea de la “Raza Cósmica” de Vasconcelos atemperada por la concepción de Waldo Frank (1929), un intelectual norteamericano afincado en México, quien planteaba que tanto Latinoamérica como Estados Unidos creaban un hombre nuevo, unidos por la “peculiar energía del nuevo mundo” y “el anhelo de la realización de un todo armonioso”; a pesar de las diferencias entre ambas culturas, en donde en Estados Unidos hay un orden al que le falta vida, mientras que en el otro: hay una vida al que le falta orden.

Una generación posterior, con Paz (1950), Zea (1955), Martínez Estrada (1960) y Ramos (1934) mismo, consideraron que en la introspección del carácter nacional podrían encontrarse los anhelos, preocupaciones y conflictos que explican por qué los latinoamericanos no han podido encontrar la “Paz de espíritu” que requieren para romper con añejas dependencias y encontrar un camino hacia la modernidad.

El desarrollo de la cultura sociológica y económica adicionó a los problemas de la subjetividad los problemas de la objetividad social, para explicar nuestro crónico subdesarrollo como países. Nuestros problemas no sólo dependen de una identidad difícilmente conformada sino, también de un sistema de condiciona-

mientos económicos mundiales, que mantienen las disparidades de todo género entre los países.

MÉXICO: LA DIFÍCIL CONSTRUCCIÓN DE UNA NACIÓN

La construcción de la nación mexicana, en sus distintos períodos y momentos, hace surgir, primero el discurso de lo que considera como una identidad propia, a veces sólo enunciada, otras, mejor concebida, pero en cualquier caso apropiada al sistema que se quiere dar como sustento de integración de la nación mexicana; y después, la construcción formal de las instituciones que deben normar y aglutinar las relaciones sociales de las colectividades. Parte fundamental de este parto de nación es el desarrollo de la concepción del Estado como producto de la integración de instituciones y ciudadanos. México, así lo anuncia con la Constitución de Apatzingán de 1812 (México como insurgente) con la idea de una nación libre con la esclavitud abolida; la de 1824, que plantea la república federal (México democrático y federalista); la de 1857 que toma al liberalismo como el “leiv motiv” que regula las relaciones entre instituciones y ciudadanos, (México republicano, federalista, moderno, afianzado en la propiedad privada); y, la de 1917, que aúna a las concepciones liberales, las concepciones socialistas del derecho obrero y campesino (México revolucionario, nacionalista y reivindicativo de la historia pre-cortesiana) que regulan las relaciones del trabajo con el capital tratando de prevenir los excesos injustos sobre la fuerza de trabajo y que reconoce los derechos colectivos de los grupos indígenas.

Aunque la Independencia, la Reforma y la Revolución Mexicana son parteaguas de nuestra historia social y económica, y sus actores divergen en sus contextos culturales e ideológicos, de alguna manera sus objetivos, intenciones, logros y errores al

paso del tiempo se sincretizaron, hasta conformar el *corpus* de la identidad de nuestro modelo más logrado. Modelo que comenzó a desdibujarse cuando el Régimen revolucionario comenzó a eclipsarse y cambiar de una sociedad eminentemente agraria a una sociedad precariamente industrial. Hasta convertirse en una sociedad industrializada con una identidad compleja, y difícilmente comprendida, debido, tanto a su propia transmutación socioeconómica, a la contradicción con sus rastros culturales más permanentes y su alineación con la apertura de un nuevo paradigma societario la “Globalización”, como a la racionalidad extrema del Mercado y la utopía neoliberal.

LA IDENTIDAD NACIONAL EN EL MÉXICO CONTEMPORÁNEO

El período idílico entre los mexicanos y sus gobiernos se dio aproximadamente entre 1930 y 1968. Época en que se logró la plena institucionalización del Estado surgido de la Revolución Mexicana. Plutarco Elías Calles fue el principal artífice de este suceso. Se significó por terminar de pacificar al país y ser un período que inicia un proceso de mejoramiento socioeconómico, lo cual hizo que se recuperaran los índices del crecimiento de la población, se mejorara notablemente la salud pública, hubiera avances muy significativos de la educación, particularmente la básica. Se iniciaran campañas eficaces contra el analfabetismo, se apoyaran los movimientos culturales, los que con fuerte acento nacionalista desarrollaron exitosamente las artes gráficas, la literatura, el radio, el cine, la televisión y la educación superior, los cuales vivieron una época relativa de bonanza.

Por otra parte, la producción del campo alcanzó niveles de producción significativos (un México exportador de alimentos) y se inició el despegue del desarrollo industrial, lo cual aumentó

notablemente el empleo, y con ello, se produce una movilidad social sin precedente. Las clases medias se incrementaron. Curiosamente, este proceso se empató con la Segunda Guerra Mundial, lo cual, favoreció a México con respecto a los intercambios comerciales y mejoró mucho su balanza de pagos. Aun terminado el conflicto bélico, el efecto se continuó hasta muy avanzada la década de los 60. Esto fue ayudado por la implantación de una política industrial proteccionista que estableció una severa restricción a la importación de productos extranjeros, mientras fueran producidos por industrias mexicanas. Este ciclo de la historia reciente mexicana desarrolló una identidad vigorosa, densa y contradictoria con una clara orientación nacionalista.

El costo de este crecimiento socioeconómico desaforado fue el de establecer un Estado fuerte y una ciudadanía débil. Un gobierno exageradamente paternalista y autoritario. Una ciudadanía políticamente apática y una democracia apócrifa. Por otra parte, el establecimiento de un mundo dominado por la bipolaridad de dos grandes potencias, hizo que éste fuese un espacio de lucha soterrada entre estas potencias, cuyo control expresado líricamente por los términos de la Guerra Fría, impuso en todo el mundo, un control paranoico, el cual se impuso en todos los países satélites, a costa de coartar libertades individuales, los derechos humanos y el libre juego de las organizaciones políticas. México no fue la excepción. La represión de los movimientos de los ferrocarrileros y de los maestros en el 58 fue un prelude del horror que después se asentaría tanto en México como otras partes de Latinoamérica y del Mundo.

Paralelamente a este proceso, Estados Unidos, la Europa desarrollada y Japón potenciaron la aplicación intensiva de capital a las empresas hasta desarrollar las grandes transnacionales. Se intensificó la aplicación de la ciencia y la tecnología a los procesos productivos y organizacionales; se desarrollaron los medios

masivos de comunicación como arietes para la reproducción del modelo de vida cosmopolita de las colectividades; se estratificaron económicamente a los países, con lo que se aceleró el proceso de internacionalización de la economía, y de paso, de todos los sistemas sociales, culturales y políticos. Esta estrategia generó a nivel mundial la aparición de los movimientos contestatarios del 68, que marcaron la aparición de una nueva era societaria, movimientos revestidos de un aparente espontaneísmo *anti-anti*, pero en realidad de corte anti-autoritario. Fue como el inicio de un fuerte movimiento que prohijaba a la vez, el reclamo de los derechos humanos, las libertades políticas y el anuncio del maridaje entre una confusa orientación individualista, los *mass media* y el mercado, las reformas políticas y la apertura hacia el mundo y el crónico desempleo.

LA IDENTIDAD NACIONAL EN EL MÉXICO DE LA CRISIS

Ante las contradicciones propias del modelo de desarrollo, de *sustitución de importaciones*, el ascenso de una oligarquía pos-revolucionaria, el desplome de la moral republicana de los gobiernos, la aparición de una desenfrenada corrupción en los puestos públicos, y la incapacidad de la iniciativa privada nacional para modernizar sus procesos de organización y productivos, hicieron su parte para que el milagro mexicano hiciera agua y entrara en una crisis económica con graves concomitantes sociales, políticos y culturales.

Dicho modelo de desarrollo empujado, además, por las transformaciones que a nivel mundial, impulsaban los poderosos centros financieros internacionales, pero que, al menos como una ventaja en el país, abrió la coyuntura para el preludio, del nacimiento del ciudadano, con base en una incipiente, pero no

menos trascendente reforma política. Y el inicio, a su vez, de una interminable transición política.

De 1968 a la fecha se han introducido continuas reformas que legalizan un nuevo estatus político y regulan formas de participación electoral más justas, aunque todavía inequitativas para constituir una democracia, pero aún no indemne a su secuestro por partidos políticos oligárquicos, a la corrupción pública y al crecimiento lacerante de la pobreza.

La modernización siempre fue el objetivo explícito o implícito de los distintos grupos políticos, que monopolizaron el poder en las distintas etapas de nuestra historia independiente. Pero esa modernización aplicada sin un justo y objetivo análisis de las condiciones de la sociedad ha sido también la causa de las crisis en que se ha sumido el país a lo largo de su historia. No porque se haya alcanzado la modernidad, sino porque la modernidad aplicada sin las necesarias adaptaciones conllevó a la exportación de sus contradicciones hacia los países en formación, que no tenían forma de defenderse de sus catastróficos efectos.

Sin embargo, debemos aclarar, que la actual, última y prolongada crisis que nos envuelve, contiene características y eventos mucho más vastos e insidiosos, que las que se dieron con la independencia, los movimientos de Reforma del siglo XIX y la Revolución de 1910. El impacto de los nuevos cambios se resienten aquí y en todo el mundo a una escala inimaginada. El Estado Nacional, particularmente, es víctima puntual de estos cambios. Sus ámbitos de acción se disminuyen, al igual que sus facultades y capacidades de planeación e intervención económica y política, reduciendo su rol a sólo ejercer funciones administrativas, representar al país en las relaciones internacionales y mantener la seguridad pública. Las compañías transnacionales, los organismos políticos internacionales, y las instituciones mundiales de la banca y el comercio, dictan lo que los gobiernos deben

“sensatamente” realizar, reduciendo con ello cada vez más el ámbito de las soberanías nacionales. Inclusive, se presiona para que muchas de las funciones públicas tales como la educación, el cuidado de la salud, la seguridad social, la administración de presidios y recolección de basura, pasen a manos de la iniciativa privada. Con ello, las identidades levantadas desde la aparición de los estados nacionales entran en crisis, se disuelven, cambian y se reducen. Pareciera como si el modelo fuese “estados pequeños, identidades individuales”, sectorizadas, y cosmopolitas, generando en el ámbito político un proceso cada vez más acentuado de rompimiento de la cohesión de las ciudadanías con sus Estados Nacionales.

LAS TRANSFORMACIONES MUNDIALES RECIENTES Y LAS IDENTIDADES COLECTIVAS

Como señala Ulrich Beck (1994): 1989 *pasará a la historia como la fecha simbólica del final de una época*. Este autor supone que al igual que el bloque comunista, Occidente se ha visto afectado profundamente. Al respecto, Giddens nos dice:

No significó este acontecimiento un triunfo del bloque occidental. Al menos en lo que tradicionalmente se obtiene por haber vencido en una guerra. El proceso que colapsó al régimen soviético se había venido gestando silenciosa pero eficazmente, con los cambios producidos por una nueva revolución científica, que llevó al campo de las relaciones productivas una creativa tecnología que multiplicó la eficiencia de las organizaciones industriales, empresariales y financieras (Giddens, 1990: 57).

Los sistemas financieros son los que se han beneficiado de los réditos de tales cambios. El socialismo burocrático —el so-

cialismo real como han dado en llamarle— no pudo encontrar la forma de transformarse de manera tal que pudiese competir mundialmente con óptima eficiencia, avanzar la ciencia y el desarrollo de la tecnología, establecer mejores defensa y capacidad de respuesta militares y asegurar, al mismo tiempo, una tasa de desarrollo socioeconómico, que garantizase nivel de vida aceptable a sus poblaciones, y permitiese en el mediano plazo el necesario cambio de sus sociedades hacia un cierto tipo de democracia, que diera garantía a los grupos y clases sociales a evolucionar hacia una sociedad de ciudadanos con derechos tanto colectivos como individuales asegurados.

Montesquieu ha señalado enigmáticamente que “las instituciones fracasan víctimas de su propio éxito” (citado por Giddens, 1990). El éxito de la sociedad dominada por el capitalismo financiero sobre cualquier otro tipo de organizaciones políticas y económicas ¿se puede extrapolar de manera irrestricta hacia todos los espacios geopolíticos sin que se pierdan o terminen, como señala Ulrich (1986), sus fundamentos físicos, culturales o sociales? ¿Cómo podemos considerar el resurgimiento de los movimientos nacionalistas, el racismo y la intolerancia prejuiciosa en Europa? ¿Son respuestas iniciales a la frustración que produce el acelerado proceso de la globalización? Recordemos que después de los 60, en toda Europa se inició un proceso de reconstrucción de muchas de sus instituciones más sólidas, particularmente los regímenes de seguridad social, el reordenamiento industrial que desapareció muchas empresas industriales y comerciales estatales, y la optimización del aparato público —su empequeñecimiento— para hacer adaptables a los estados europeos a su primera estación de la globalización: el mercado común europeo y ahora la constitución de la Unión Europea.

Muchos sociólogos y politólogos europeos (Giddens, 1997; Castoriadis, 1995; Lash, 1997 y Beck, 1986) señalan que la

sociedad industrial se ha resquebrajado y está en proceso de demolición debido a su propio éxito. Ulrich afirma que existe la necesidad de repensar o reinventar la civilización industrial. La sociedad moderna está destruyendo sus formaciones de clases, estratos, ocupaciones, roles de género, familia nuclear, fábricas, sectores empresariales. Esta nueva etapa en la que el progreso puede convertirse en autodestrucción, en la que un tipo de modernización socava y transforma a otro, es lo que Ulrich denomina la fase de la modernización reflexiva. Lo que afirma es que el dinamismo industrial de alta velocidad se está deslizando hacia una nueva sociedad sin la explosión primigenia de una revolución, dejando a un lado los debates políticos y las decisiones de parlamentos y gobiernos. La modernización reflexiva significa un cambio de la sociedad industrial que se produce en forma subrepticia y no planeada, a remolque de la modernización, de modo automatizado, y dentro de un orden político y económico intacto. Implica una radicalización de la modernidad que quiebra las premisas y contornos de la sociedad industrial y abre vías a una modernidad distinta.

La nueva sociedad (social o industrial) nace calladamente. El incremento de la riqueza y la aparición de una sola superpotencia, para los países occidentales produce un cambio en sus orientaciones societarias, tanto en sus ámbitos de vida como en el significado de la sociedad política. Lo cual puede generar una crisis de obscura ambigüedad en que la sociedad industrial será forzada a cambios inesperados.

La mayor participación de la mujer en el trabajo, los nuevos regímenes contractuales del trabajo asalariado, como señala Giddens, que muchos ponderan y lanzan vivas en sindicatos y parlamentos, tiene el efecto de quebrar los antiguos límites entre trabajo y el no trabajo (Giddens, a1990). Debido a que estos cambios mínimos llegan inadvertidamente, sin mayores

conflictos o grandes discusiones, o con el amparo del augurio revolucionario, la introducción de los cambios sociales se dan muellemente, sin que puedan ser detectados por los investigadores sociales, los cuales persisten en sus viejos paradigmas de análisis, cuando la 'modernidad reflexiva' avanza y quiebra quietamente la presente estructura de la sociedad industrial contemporánea (Giddens, 1990).

La modernidad se subvierte por una forma nueva de modernización, la cual requiere de una máxima atención, ya que actualmente se legitima con base en la promesa y logro posible de la seguridad social de los ciudadanos, mientras que la nueva modernidad se fundamenta en la condición meliflua del riesgo. Las bolsas, matrices financieras, surgen inopinadamente en todos los ámbitos de la nueva sociedad producto de las redes selectivas de la modernización reflexiva. Como señala Giddens (*ibid.*, 1990):

Por una parte implica profundas inseguridades, difícilmente delimitables, en una sociedad entera, con muchas facciones en todos los niveles igualmente difíciles de delimitar. Su dinamismo puede tener consecuencias opuestas. En varios grupos culturales y en continentes diversos va acompañado de enfrentamientos nacionalistas, pobreza masiva, fundamentalismos religiosos, crisis económicas, crisis ecológicas, guerras y revoluciones, esto es, el dinamismo conflictivo de la sociedad del riesgo, en el sentido más estricto (Giddens, 1990).

Debemos, por tanto, plantearnos ¿Qué tipo de crisis sociales resultan de la modernización reflexiva? ¿Qué desafíos políticos están vinculados a los desafíos reflexivos, y que respuestas son concebibles en principio? ¿Cuál es el significado y la implicación de las superposiciones de la modernización reflexiva con desarro-

llos antagonistas: la prosperidad y la seguridad social, la crisis y el desempleo masivo, el nacionalismo, la pobreza mundial, las guerras o los nuevos movimientos migratorios? ¿Cómo pueden decodificarse las modernizaciones reflexivas en constelaciones contradictorias en una comparación internacional e intercultural? ¿Contiene la modernidad, cuando se aplica a sí misma, una clave para su control o auto limitación? ¿O es que ese enfoque desata una turbulencia más en un torbellino de acontecimientos sobre los que no hay control alguno?

En resumen, la sociedad industrial por sus propios efectos deviene en obsoleta. La otra cara de la obsolescencia de la sociedad industrial es la sociedad de riesgo. Se caracteriza por una fase de desarrollo de la sociedad moderna en la que los riesgos sociales, políticos, económicos e individuales tienden cada vez más a escapar a las instituciones de control y protección de la sociedad política. Esto se produce en dos fases: un estadio en que los efectos y autoamenazas son producidos de forma sistemática, pero no se convierten en temas de debate político o en el centro de conflictos políticos. Aquí el autoconcepto de la sociedad industrial sigue siendo predominante, multiplicando y legitimando las amenazas producidas por la toma de decisiones como riesgos residuales (sociedad de riesgo residual).

En segundo lugar, surge una situación completamente distinta cuando los peligros de la sociedad industrial comienzan a dominar los debates y conflictos públicos, políticos y privados. Aquí las instituciones de la sociedad industrial se convierten en los productores y legitimadores de amenazas que no pueden controlar, lo que ocurre es que ciertas características de la sociedad industrial se hacen social y políticamente problemáticas. Por una parte, la sociedad sigue tomando decisiones y emprendiendo acciones según las pautas de la antigua sociedad industrial; pero por otra, los debates y conflictos que se derivan del dinamismo

de la sociedad del riesgo se ciernen sobre las organizaciones de intereses, el sistema judicial y la política.

La sociedad del riesgo no es una opción que se pueda elegir o rechazar en el curso de las disputas políticas. Surge como continuación de procesos de modernización autonomizados que son ciegos y sordos a sus propios efectos y amenazas. De forma acumulativa, o a saltos, y latentes estos procesos producen amenazas que cuestionan y, finalmente, destruyen los fundamentos de la sociedad industrial.

Con el surgimiento de la sociedad de riesgo, los conflictos sobre la distribución de los males se superponen a los conflictos sobre la distribución de bienes (renta, trabajo, seguridad social) que constituyeron el conflicto básico de la sociedad industrial y que se intentaron solucionar con las instituciones relevantes de la sociedad del bienestar. Estos conflictos sobre la distribución de los males pueden interpretarse como conflictos sobre la sociedad distributiva. Surgen en torno a la distribución, prevención, control y legitimación que acompañan a la producción de bienes (impactos ambientales, amenazas a la salud, súper militarización, etcétera).

Hoy las personas no se liberan de certezas feudales y religioso-trascendentales para establecerse en el mundo de la sociedad industrial, sino que se “liberan” de la sociedad industrial para instalarse en las turbulencias de la sociedad global del riesgo. Se espera de los individuos que vivan con una amplia variedad de riesgos globales y personales diferentes y mutuamente contradictorios. Apunta Giddens (1991):

El yo ha dejado de ser el yo inequívoco, fragmentándose en discursos contradictorios del yo. Ahora se espera que los individuos sean capaces de dominar esas oportunidades arriesgadas sin que puedan, debido a la complejidad de la sociedad posmoderna,

tomar las decisiones necesarias sobre una base bien fundada y responsable” (Giddens, 1991: 83).

Es decir, considerando las posibles consecuencias.

En la sociedad del riesgo, el reconocimiento de la impredecibilidad de las amenazas, provocadas por el desarrollo tecnoindustrial, hace imperiosa la autorreflexión sobre los fundamentos de la cohesión social y el exámen de las convenciones y fundamentos dominantes de la “racionalidad”. En el autoconcepto de la sociedad del riesgo, la sociedad deviene reflexiva (en el sentido estricto de la palabra), es decir, se convierte en un tema y un problema para sí misma.

Nos dice Bourdieu, además, que el fundamento último de este orden (¿desorden?) económico situado bajo el símbolo de la libertad, es la violencia estructural del paro, de la precariedad y de la amenaza del despido que implica: la condición del funcionamiento armonioso del modelo micro-económico individualista en un fenómeno de masas, la existencia del ejército de reserva de los parados (sin trabajo) (Bourdieu, 1998).

Lo peor de la globalización es que no es un fenómeno controlado por ninguno de los sujetos participantes. Se ha generado como un agregado de procesos autonomizados, cuyos resultados afectan a todos. La sociedad, levantada bajo el esquema del orden industrializado, se deshace y se reconvierte en una nueva sociedad que enfrenta los efectos no deseados o pobremente previstos en su desarrollo, lo que hemos llamado la sociedad de riesgo.

Esta nueva modernidad reflexiva, ¿qué tipo de identidad colectiva construye? La modernidad es esencialmente un orden postraditional. Las transformaciones del tiempo y espacio, unidas a los mecanismos de desenclave, liberan la vida social de la dependencia de los preceptos y prácticas establecidas. Esta es la circunstancia en que aparece la reflexividad generalizada. Esto se

refiere al hecho de que, la mayoría de los aspectos de la actividad social y de las relaciones materiales con la naturaleza están sometidas a revisión continua a la luz de nuevas informaciones o conocimientos. Esta información o conocimiento no es algo accesorio en las instituciones modernas sino constitutivo de ellas (un fenómeno complicado debido a las muchas posibilidades de pensar en la reflexividad existentes en las condiciones sociales de la modernidad).

Giddens plantea que en este orden de cosas el dinamismo de la modernidad esta constituido por tres grupos de procesos:

1. Separación de espacio y tiempo como condición para la articulación de las relaciones sociales en ámbitos extensos de tiempo y espacio, hasta llegar a incluir sistemas universales.
2. Mecanismos de desenclave. Constan de señales simbólicas y sistemas expertos (ambos en conjunto conforman los sistemas abstractos) Los mecanismos de desenclave disocian la interacción de las peculiaridades de lo local.
3. Reflexividad institucional: utilización regularizada del conocimiento de las circunstancias de la vida social en cuanto elemento constituyente de su organización y transformación.

La universalización significa que nadie puede desentenderse o excluirse de las transformaciones generadas por la modernidad en cuanto a las consecuencias de, al menos, algunos de los mecanismos de desenclave; así ocurre, por ejemplo, con los riesgos mundiales de una explosión nuclear o de una catástrofe ecológica. Todos estos procesos de la modernidad reflexiva vinculan un conjunto de cambios profundos con la naturaleza de la vida cotidiana.

Algunos pensadores contemporáneos plantean que para ser agente de algo, uno debe estar en algún sitio. Pero este sentido

fundamental de integración al lugar ha sido fragmentado entre partes complejas, contradictorias y desorientadoras. El espacio se va convirtiendo en algo más integrado aunque territorialmente fragmentado. Los lugares son específicos y únicos, y sin embargo, en muchos sentidos, parecen genéricos e indistintos. Pareciera que están 'afuera', pero nos olvidamos que han sido contruidos por el hombre... Nuestra sociedad guarda información sobre lugares y, no obstante, tiene muy poco sentido del lugar. Y los paisajes que resultan de los procesos modernos parecen mas bien pastiches desorientadores, falsos y yuxtapuestos.

Pero ¿cómo han afectado esos cambios a las relaciones de intimidad personal y sexual? Estas no son simples extensiones de la organización de la comunidad ni del parentesco. La amistad ha sido transformada por la acción de los sistemas abstractos. Ahora lo contrario de amigo no es enemigo, ni forastero, ahora es conocido, colega o alguien que no conozco; el honor ha sido sustituido por la lealtad que no tiene otra base que el afecto personal; y la sinceridad ha sido reemplazada por lo que podemos llamar autenticidad, el requisito de que el otro mantenga una actitud franca y bien intencionada. Un amigo no es aquel que siempre dice la verdad sino que alguien que protege el bienestar anímico del otro. El buen amigo, es decir, aquel cuya bondad permanece incluso en los tiempos difíciles, ha quedado hoy sustituido por el 'compañero honorable'. Dentro de ese *Dédalo*, impuesto por la densidad de los sistemas abstractos, la identidad no es algo ya dado, sino un algo a alcanzarse mediante la selección de opciones pertinentes que la sociedad impersonal nos ofrece. Somos algo en referencia a algo. Ser, independientemente de las relaciones que nos rodean, se convierte en un acto narcisista. La identidad es revelada en la comparación con los atributos de otros y se relaciona de sí con extensos procesos de los sistemas abstractos. Ser como la chica L'Oréal implica no sólo la imagen que se muestra

en el cartel, sino toda la parafernalia que se dispone desde algún lugar que ignoramos, con el efecto de que se identifique el icono con todo lo que se debe disponer para ser como ella.

Se pregunta Giddens: ¿qué ocurre en esta modernidad reflexiva con las identidades colectivas? (Giddens, 1997). Las identidades nacionales se consideran un efecto de la constitución de los Estados Nacionales. Pero para la lógica de la globalización, no son necesarias. Particularmente porque el sujeto directo de la globalización es la persona concreta, el individuo, es el consumidor, el hombre competitivo, el realizador, el que se integra a las reglas del mercado, al que se explota, y al que se manipula con la flexibilización en los contratos de trabajo y se le diferencia de sus pares, mediante una compleja evaluación de sus pericias, antecedentes y competencias. El gremio, el sindicato, frente a las nuevas políticas laborales de esta sociedad de la modernidad reflexiva, son prescindibles, al igual que muchas otras representaciones identitarias colectivas.

LA IDENTIDAD NACIONAL MEXICANA EN EL NUEVO CONTEXTO MUNDIAL

La reforma política que se inicia en México es un proceso paralelo y complementario al proceso de globalización. En la nueva construcción de las instituciones estatales se han minimizado muchas de sus facultades, se ha adelgazado al Estado para que se acople a los procesos que demanda la nueva sociedad, la cual surge por los procesos autonomizados de la sociedad industrial y de la modernidad. Las crisis económicas se inducen desde afuera y se potencializan por las poco inteligentes decisiones de las oligarquías en el poder. El efecto potencialmente más peligroso para la estabilidad del Estado-Nación es el rompimiento de las bases colectivas de la cohesión social. Podemos enumerarlas: la

minimización de la familia o su virtual desaparición al menos como hoy consideramos a la familia nuclear. La desintegración del sentido de la comunidad al introducir la sociedad del riesgo en la destrucción de las relaciones solidarias de vecinos. Nadie se conoce, ni nadie se relaciona proactivamente con los demás. El vecindario se transforma en un desenclave donde priva la inseguridad y la anomia.

Los programas de estudio y la ingeniería administrativa del pensamiento escolar generan una organización por grupos donde se rompe la relación generacional. Uno toma una clase con muchas personas que cambian a la siguiente clase. El estudiante es un individuo que tiene que navegar todo su trayecto escolar solo. La pedagogía se instrumenta para hacerse lo más personalizada posible pero más impersonalizada en su evaluación.

La comunidad política se va sustituyendo por la creciente importancia de las agrupaciones de la sociedad civil, que aparecen y desaparecen puntualmente de acuerdo con la dinámica de los problemas por los cuales surgieron. Las temáticas que importan a la ciudadanía son discutidas a instancias de estos grupos, y no porque procedan de un programa de partido político. Los mismos partidos políticos se vuelven diminutos en su membresía, no obstante el tamaño de los grupos votantes. El proceso de pérdida de legitimidad se acrecienta ante la falta de respuesta de los ciudadanos hacia las instituciones políticas, lo que se refleja en pobres votaciones que generan un desenclave del sentido real de las mayorías democráticas. Las instituciones que representan el poder del Estado dejan de concitar la confianza del ciudadano, lo que a éste importa no es lo que discuten tales instituciones, ni lo que al final imponen a la población.

Hay un proceso extraordinariamente peligroso en este fenómeno de desplome de las instituciones políticas. No es una posición alarmista lo que se expone aquí. Los datos que hemos

levantado sobre el sentido de pertenencia y de participación hacia las instituciones del Estado Nacional en 82 ciudades, lo expresan claramente. Sin embargo, este proceso no es sólo sufrido por el país. Lo comparten todos los países, como veremos en el ejemplo que más adelante mostramos. Hay un cambio muy significativo de las relaciones entre los ciudadanos y sus instituciones políticas, lo que pone en peligro la viabilidad del Estado como forma de organización ciudadana.

La internacionalización de todos los órdenes societarios, bajo el concierto de una filosofía económica que promueve la globalización, y que esta objetivada a dicha filosofía económica, plantea un proceso de cambio no exento de mayores sufrimientos que los que hemos pasado en los últimos 40 años. Porque además, este proceso de globalización, así como la modernización generó a la sociedad del riesgo (de lo impredecible, de lo azaroso, de lo inseguro), habrá de generar una sola certeza que nadie puede tomar en serio: que las leyes del mercado resolverán todos los problemas de convivencia humana en los órdenes políticos, económicos, sociales y culturales. Al menos hasta ahora, viendo el espejo de los países más avanzados, las diferencias sociales se han ampliado, la pobreza ha dejado de ser residual para convertirse en estructural, la inseguridad pública se ha incrementado y la educación, a pesar de la sociedad del conocimiento, de la información y de la tecnología, ha dejado de ser un medio de movilidad social.

La transición política como producto de las reformas políticas operadas a lo largo de los últimos 30 años, no ha podido hasta ahora, lograr la reforma del Estado. Nuestra propia incompetencia y el efecto de los procesos de globalización y cambio, originado por los efectos indeseados de la modernización, se han convertido en un obstáculo, hasta hoy insuperable. Lo más peligroso es la destrucción paulatina de la solidaridad ciudadana con las instituciones del Estado-Nación, lo que afecta los procesos

de cohesión social y vuelve peligrosamente inestables todas las relaciones y la mínima confianza en lo que representan y deben ser la actuación de las instituciones. La democracia en esta situación pierde factibilidad, y la legitimidad se difumina volviéndose oportunidad para salidas políticas autoritarias de todo tipo, y a cuál más temibles.

UNA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA SOBRE IDENTIDAD NACIONAL

Durante los últimos 20 años hemos estudiado cómo responden muestras estadísticas representativas de las poblaciones de más de 74 ciudades de la República Mexicana ante un conjunto de instituciones del Estado-Nación (Béjar y Cappello, 1986, 1988a, 1988b, 1990, 1992a, 1992b), (Cappello, 1983, 1991, 1993a, 1993b, 1994, 1995a, 1995b, 1990, 2002, 2003). Los ciudadanos expresan, ante nuestros instrumentos, sus sentidos de pertenencia y de participación ante dichas instituciones, las cuales, se clasifican en políticas, económicas, sociales y culturales. Las instituciones mapeadas para estos estudios iban desde la familia hasta los partidos políticos, la religión, la administración pública y las instituciones bancarias, comerciales o de trabajo, etc. Los datos arrojados indicaron evaluaciones con magnitudes muy bajas, donde sólo se diferenciaban las instituciones culturales y la mayoría de las sociales, aun cuando los puntajes tampoco eran muy altos. Concluíamos entonces que los ciudadanos mexicanos no presentaban una identidad nacional —como dimensión política— suficientemente desarrollada. Que su representación social —el consenso intersubjetivo— entre localidades, regiones y la totalidad arrojaba más diferencias que consonancias; y que, eran las instituciones políticas y económicas, donde más se manifestaban las diferencias interregionales y locales. Las que

menos concitaban la posesión de una identidad nacional bien constituida.

Pensamos que eran los desencuentros históricos de una nación cuya conformación histórica, desde el principio, no fue producto de un consenso entre sus miembros, sus grupos, sus clases y todos sus ciudadanos. Y de una larga serie de vicisitudes históricas negativas en sus encuentros con los poderes internacionales en turno, dentro o fuera de la misma nación. Sin embargo, nunca supusimos si el grado de desorganización de la identidad nacional estaba en su clímax, o iba en un proceso de remisión en sus síntomas, por más que evidenciábamos las condiciones actuales críticas en que se desenvolvía nuestra vida política interna e internacional.

Hoy tenemos datos obtenidos en tres mediciones, a intervalos de tiempo de siete y cinco años entre ellas, en las tres principales ciudades del país: Guadalajara, México y Monterrey, donde se acusa un proceso de desplome de los sentidos de pertenencia institucional, particularmente ante las instituciones políticas y económicas. Dicho de otra manera, acusan dichas instituciones una creciente falta de credibilidad ante las expectativas, aspiraciones y demandas de los ciudadanos.

Veamos los datos y hagamos un breve comentario sobre ellos.

TABLA I
PUNTAJES SOBRE SENTIDO DE PERTENENCIA A INSTITUCIONES NACIONALES

<i>Años</i>	<i>Instituciones políticas</i>	<i>Instituciones económicas</i>	<i>Instituciones sociales</i>	<i>Instituciones culturales</i>
1992	28	36	49	62
1999	22	31	52	58
2004	17	26	48	52

En 1992, como se observa en la Tabla 1, de un puntaje posible de 90 puntos, las instituciones culturales son calificadas con 62; las sociales con 49; las económicas con 36 y las políticas con 28. En 1999 dichas instituciones, en la misma secuencia, obtienen un puntaje de 58, 52, 31 y 22. Mientras que en 2004, el puntaje continúa disminuyendo. Se constata que todas las instituciones sufren una pérdida en las estimaciones del sentido de pertenencia de los ciudadanos hacia ellas. Pero las instituciones económicas y políticas son las que acusan la ponderación más baja. De 1992 a 2004, en promedio, el índice de sentido de pertenencia hacia las instituciones pasa de 43.75 a 36.25.¹ Es decir, refleja una pérdida general de 18%. Si hacemos la misma operación con los índices de sentido de pertenencia político de los ciudadanos obtenemos una pérdida de 40%. Con respecto al sentido de pertenencia a las instituciones económicas la pérdida es de 28%, mientras que hacia las instituciones sociales es de 3% y a las culturales es de 17%. En otras palabras, aunque las instituciones sociales y políticas se mantienen con estimaciones más altas de sentido de pertenencia institucional por parte de la ciudadanía, todas han sufrido pérdidas significativas, con excepción de las sociales, las cuales acusan menos fluctuaciones en los catorce años comparados (1992-2004).

Podríamos indicar que nuestra sociedad está derivando hacia un modelo que ofrece pocas perspectivas de identificación. Por ende, da pocas oportunidades para desarrollar un consistente sentido de participación que pudiese fortalecer la vida institucional de los mexicanos. Siendo las instituciones políticas y económicas las que tienen mayor significado e importancia para

¹ La sumatoria de los cuatro índices de 2004, divididos por el número de los mismos, nos da un promedio. Igual proceso, nos dan sus respectivos promedios, para los casos de 1992 y 1999. Las diferencias entre los índices de cada año, nos dicen los cambios ocurridos de período a período.

consolidar una identidad nacional en términos de viabilidad como Estado-Nación, exhiben la precariedad de sus índices para concitar la identidad nacional. Si no cambia esta tendencia, pudiera llevarnos a mayores procesos de inestabilidad y gobernabilidad institucionales, cuyo término podría inclinarse hacia soluciones represivas y autoritarias, dando al traste con nuestros intentos de crear una cultura y una democracia modernas.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Como siempre, México se inicia en un nuevo tipo de sociedad sin haber llegado siquiera a una modesta etapa de la sociedad del bienestar. Pasamos del umbral de la pobreza al de la pobreza extrema con todos los efectos sociales, económicos y culturales que esto representa. Pareciera que nuestro acceso a este nuevo mundo del conocimiento, de la información, de la posmodernidad, de la revolución científico tecnológica, de la globalización se caracteriza por una única certidumbre: la del riesgo. Es como si arribásemos al tercer círculo del infierno donde Dante coloca la advertencia: *Aquellos que entran aquí pierdan toda esperanza.*

OBRAS CONSULTADAS

- Arguedas, Alcides (1909). *Pueblo Enfermo. Contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos.* Santiago Chile, Amauta.
- Bejar, Raúl y Héctor M. Cappello (1992a). *Identidad y carácter nacionales en el Centro Norte de México. Ciudades de Aguascalientes, San Luis Potosí y Zacatecas.* México, UNAM/CRIM. Aportes de Investigación, 55.
- _____ (1992b). *Identidad y carácter nacionales —estudio comparativo del Sureste con otras regiones de México.* México, UNAM/CRIM. Aportes de Investigación, 54.

- Bejar, Raúl y Héctor M. Cappello (1990). *Bases teórico metodológicas en el estudio de la identidad y el carácter nacionales*. México, UNAM/CRIM.
- _____ (1988b). *Conciencia nacional en la frontera norte*. México, UNAM/CRIM.
- _____ (1985). *Sobre la identidad y el carácter nacionales: un programa de investigación a mediano plazo*. México, UNAM/CRIM.
- _____ (1986). “La identidad y el carácter nacionales en México: la Frontera de Tamaulipas”. *Revista de Psicología Social*, vol. 1, núm. 2, otoño. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Universidad de Granada/ Dep. Psicología Social. pp.153-166.
- Béjar, Raúl y Héctor Rosales, coord. (2000). *La identidad nacional mexicana como problema político cultural. Los desafíos de la pluralidad*. Cuernavaca, UNAM/CRIM.
- Beck, Ulrich, Anthony Giddens y Scott Lasch (1994). *Modernidad Reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, Alianza Universidad.
- Beck, Ulrich (1986). *Risikogesellschaft: Auf dem Weg in eine andere Moderne*. Frankfurt, Suhrkamp.
- Benedict, Ruth (1934). *Patterns of Culture*. Boston, Houghton Mifflin.
- Bonfil, Guillermo, ed. (1993). *Nuevas identidades culturales en México*. México, CONACULTA. Biblioteca Pensar la Cultura.
- Bourdieu, Pierre (1986). *Distinction*. Cambridge, Harvard University Press.
- Bunge, Carlos Octavio (1918). *Nuestra América. Ensayo de Psicología Social*. 6.ed. Buenos Aires, Sudamericana.
- Cappello, Héctor M. (2003). *Transición socioeconómica y cambio en la identidad nacional*. Cuernavaca, UNAM/CRIM.
- _____ (2002a). “Globalización, identidad y carácter cívico-político. Estudio comparativo de Sevilla, España y cuatro ciudades mexicanas”. En: Béjar y Rosales. *Op. cit.* pp.185-258.

- Cappello, H. M. y Marín, S. M. (2002b). "Identidad, carácter cívico-político y emoción en dos países". *Sociotam.*, vol. XIV, núm. 1, pp. 169-207.
- Cappello, Héctor M. (1996). "Economic. Globalization Effects on the Identity and Character of Complex Societies. A Comparison between Northern and Southeastern Populations of Mexico about their National Identity and National Character". En: *Pluralismo Cultural, Identidade e Globalização*. Rio de Janeiro, Brasil. Seminario Internacional, abril 10-12, UNESCO, Conselho internacional de Ciencias Sociais.
- _____ (1995). "Los procesos de globalización , la cultura política e identidad y carácter nacionales en México". En: Mato, Daniel, ed. *Op.cit.* pp.254-280.
- _____ (1995a) "Processes of Change in the Civil-political Identity and Character of Two Cities from the Northeast of Mexico. Revisiting the theory". *Sociotam*, vol. V, núm. 1, enero-junio. Ciudad Victoria, Tamaulipas. pp.9-56.
- _____ (1994). "Similarities and Differences between Hispanics and Mexicans about their Nacional Identity and Character". *Sociotam*, vol. I, núm. 2, julio-diciembre. Ciudad Victoria, Tamaulipas. pp.43-64.
- _____ (1993a). "Variaciones de la identidad nacional. Un estudio empírico de la identidad y el carácter en seis regiones de la nación mexicana". En: Bonfil. *Op. cit.* pp.179-213.
- _____ (1993b). "Identidad y Carácter Nacionales. Estudio comparativo entre regiones de Occidente y el Bajío". *Sociotam*, vol. III, núm. 2, julio-diciembre. Ciudad Victoria, Tamaulipas. pp.7-37.
- _____ (1991). "Sobre la identidad y el carácter nacionales". *Sociotam*, vol. I, enero-junio. Ciudad Victoria, Tamaulipas. pp.33-42.
- _____ (1983). *Crisis Nacional, identidad y carácter nacional en la Frontera Norte*. Las Palmas, Gran Canaria, Encuentro Nacional de Psicología Social, III.

- Caso, Antonio (1907). "Nietzsche, su espíritu y su obra". *Revista Moderna*, vol. VIII, núm. 358, agosto. México. pp.348- 350.
- Castoriadis, Cornelius (1995). "La democracia como procedimiento y como régimen". *Vuelta*, Año XIX, octubre. México. p.23.
- Díaz de Medina, S. J. F. (1954). *Una réplica al Ariel de Rodó*. Tijerina Librero, La Paz.
- Frank, Waldo (1929). *The Re-discovery of America*. New York & London, Scribner's.
- Giddens, Anthony (1997). *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento clásico y contemporáneo*. Buenos Aires, Paidós.
- _____ (1994). "Vivir en una sociedad postradicional". En: Beck y Giddens. *Op. cit.* pp.75-208.
- _____ (1991). *Modernity and Self Identity. Self and Society in the Late Modern Age*. Londres, Polity Press & Basil Blackwell.
- _____ (1990). *Consecuencias de la Modernidad*. Madrid, Alianza Editorial.
- Gorer, G.(1950). "The Concept of National Character". *Science News*, núm 18, Penguin Books, Harmondsworth, Eng. pp.105-103.
- García Calderón, Francisco (1912). *Les Democracies de L'Amérique*. París. Gallimard.
- Henriquez Hureña, Pedro (1960). *Obra Crítica*. México, FCE.
- Hofstede, George H. (1980). *Culture's Consequences: Internacional Differences in Work-Related Values*. Beverly Hills, CA, Sage.
- González, Prada Manuel (1946). *Horas de Lucha*. Buenos Aires, América Lee.
- Lebon, Gustavo (1896). *The Crowd: A Study of Popular Mind*. Londres, Ernst Benn LTD.
- Lerner, D. y H. D. Laswell, ed. (1951b). *The Police Sciences*. Stanford, Stanford University Press.
- Linton, Ralp (1945). *The Cultural Background of Personality*. Nueva York, Appleton-Century Crofts.

- Martínez Estrada, Ezequiel (1960). "Análisis funcional de la cultura". *Lunes de la Revolución*, núm. 47, febrero. pp.13-20.
- Mato, Daniel, ed. (1995). *Globalización y construcción de identidades y diferencias, conflictos y transformaciones sociopolíticas en América Latina*. Caracas, Nueva Sociedad, Universidad Central de Venezuela y UNESCO.
- Mead, M. (1951b). "The Study of National Character". En: Lerner y Laswell. *Op. cit.* pp. 70-85.
- Nim, Frías Alberto (1907). *Ensayos de Crítica e Historia*. Valencia, Sampere.
- Paz, Octavio (1950). *El Laberinto de la Soledad*. México, FCE. Cuadernos Americanos, 2ª reed. (1959).
- Ramos, Samuel (1934). *El perfil del hombre y la cultura en México*. México, Impresora Mundial.
- Reyes, Alfonso (1955). *Obras Completas*. México, FCE.
- Spencer, Herbert (1876). *Principles of Sociology*. (Reed 1996). Nueva York, Wadsworth,
- Tamayo, Franz (1922). "Carta de americanos para americanos". *Repertorio Americano*, vol. XIII. pp.406-407.
- Triandis, Charles H. (1995). *Individuals and Collectivism*. Nueva York, West View Press.
- Vasconcelos, José (1937). *Obras Completas*. 3 tomos. México, Libreros Mexicanos Unidos.
- Zea, Leopoldo (1955). *América en la conciencia de Europa*. México, Los Presentes.

La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Nuevas miradas se terminó de imprimir en diciembre de 2005 en Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Vértiz-Narvarte, 03600, México, D.F., en papel cultural de 75 g y cartulina couché de 250 g. Se utilizaron en la composición tipos Adobe Garamond y Minion. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Guadalupe Corona; la formación tipográfica, de Irma G. González Béjar. Se tiraron 500 ejemplares más sobrantes para reposición.